

Hans Magnus Enzensberger

El naufragio del Titanic

Traducción de Gerardo Deniz

A mediados de 1978, nuestro amigo Hans Magnus Enzensberger nos envió el tercer canto de su poema "El naufragio del Titanic" para su publicación exclusiva en *Vuelta*. Poco tiempo después, encargada ya la traducción, apareció en *La Cultura* en México, suplemento de *Siempre!* un fragmento del mismo poema. Extrañados, nos dirigimos a Enzensberger. El 31 de diciembre de 1978 nos escribió las siguientes líneas:

"Me opongo terminantemente a la piratería que practica una sección de la prensa mexicana. Sólo por resignación no emprendo una acción legal al respecto. La lógica habitual de estas personas es que como México no es un país rico, los editores pueden hacer su voluntad. Este argumento no viene al caso porque los escritores como yo no pedimos dinero, sino un mínimo de decencia y de respeto: que se nos pida permiso, que se nos informe dónde seremos publicados y quién hará la traducción. Igualmente bárbara es la costumbre de no mandar al autor siquiera una copia de la publicación. Sólo en otro lugar del mundo se recurre a esta práctica: la Unión Soviética. Ya es tiempo de que ciertos editores mexicanos adquieran hábitos más civilizados. Uno supone que, después de todo, no son precisamente analfabetas. Octavio: puedes citar estas palabras donde quiera que estimes conveniente".

Entonces a las casas de La Habana se les caía el revoque, y en el puerto había un hedor fijo, suntuoso se ajaba lo viejo, la escasez anhelosa roía día y noche el plan de los diez años, mientras yo escribía del *Naufragio del Titanic*. No había zapatos, juguetes tampoco, ni focos, ni descanso, ya ni el menor descanso, y los rumores parecían mosquitos. Entonces pensábamos todos: Mañana irán mejor las cosas y si no mañana, será pasado. Bueno quizá no mejor del todo, pero de otra manera, por completo, en cualquier caso. Todo será distinto. Maravillosa sensación. Me acuerdo.

Escribo esto en Berlín. Como Berlín huelo a viejos casquillos de cartuchos, a oriente, a azufre, a desinfección. Despacio ahora irá volviendo el frío. Despacio leo los reglamentos. Muy lejos, tras numerosos cines, se alza el muro inadvertido, y detrás hay unos cuantos cines muy dispersos. Con zapatos flamantes veo a unos cuantos extranjeros escapando por la nieve. Me congelo. Me acuerdo, apenas es creíble: no hay siquiera diez años de por medio desde aquellos días raramente ligeros de la euforia.

Entonces casi nadie pensaba en el naufragio, ni siquiera en Berlín, que dejó el suyo muy atrás. No oscilaba bajo nuestros pies la isla de Cuba. Nos parecía tener algo delante, algo por inventar nosotros, sin saber que la fiesta había acabado hacía mucho y que todo el resto era asunto para los jefes de departamento del banco mundial y los agentes de seguridad del Estado, como entre nosotros, como en todas partes. Algo buscábamos, se nos había perdido en esta isla tropical. Crecía la hierba sobre los Cadillacs desmantelados. ¿Dónde quedó el ron,

dónde las bananas? Algo distinto
buscábamos allí —es difícil decir
qué era exactamente—,
pero no lo encontrábamos,
en aquel Nuevo Mundo diminuto
donde todo hablaba de azúcar,
de la liberación, de un porvenir lleno
de focos, vacas lecheras, máquinas flamantes.

Allí donde las jóvenes mulatas,
la metralleta al brazo,
me sonreían en las esquinas,
a mí o a otro, yo escribía
y escribía del *Naufragio del Titanic*.
Por la noche el calor no me dejaba dormir.
Yo no era joven —¿qué es eso de joven?
Vivía junto al mar —pero casi diez años
más joven que ahora, y pálido de celo.

Debió de ser en junio; no,
a principios de abril, poco antes de pascua,
descendimos la Rampa,
era más de la una, María Alexandrovna
me miraba con ojos chispeantes de cólera,
Heberto Padilla fumaba, no estaba todavía
preso —pero quién era aquel Padilla
no lo sabe ya nadie, se ha perdido, un amigo,
un hombre perdido—, y algún desertor alemán
reía enormemente —también él
paró en la cárcel, aunque después,
y hoy vive aquí cerca y bebe,
investiga para el bien del Estado,
y es cómico que no lo haya olvidado;
no, poco he olvidado.

Hablábamos en una jerigonza,
español, ruso y alemán,
de la tremenda zafra
de los Diez Millones; hoy por supuesto
ya nadie habla de ello. ¡Qué me importa
el azúcar, si soy turista!
gritó el desertor y citó
a Horkheimer, ¡precisamente a Horkheimer
en La Habana! También hablamos de Stalin
y de Dante, y ya no sé por qué,
qué tenía que ver Dante con el azúcar.

Y yo estaba distraído y miraba
por encima del malecón el mar Caribe,
y allá lo vi, mucho más grande
y blanco que todo lo blanco, muy mar adentro,
sólo yo lo vi y nadie más;
en la bahía oscura, la noche era sin nubes
y el mar negro y liso como espejo;
entonces vi el témpano, descomunadamente alto
y frío, como un espejismo helado,
que despacio, irrevocable,
blanco, se acercaba a mí.